

Amar es vencer

Madame P. Caro

Ediciones LAVP
www.luisvillamarin.com

Amar es vencer

© Madame P. Caro

Primera edición 1909

Reimpresión agosto de 2020

© Ediciones LAVP

www.luisvillamarin.com

Cel 9082624010

New York City USA

ISBN: 9781005864965

Smashwords Inc

Todos los derechos reservados. Sin autorización escrita firmada por el editor, no se puede publicar este libro, ni reproducir por ninguno de los medios conocidos para la comercialización de los libros en el mercado literario.

Índice

Máximo de Cosmes a Javier de Cosmes	7
Máximo de Cosmes a su hermano (1)	13
Máximo de Cosmes a su hermano (2)	19
El mismo día a las siete de la tarde	19
Máximo a su hermano (3)	25
Máximo a su hermano (4)	36
Máximo de Cosmes a su hermano (5)	37
Máximo de Cosmes a su hermano (6)	44
Máximo de Cosmes a su hermano (7)	45
Máximo de Cosmes a su hermano (8)	53
Máximo de Cosmes a su hermano (9)	54
Máximo de Cosmes a su hermano (10)	56
Máximo de Cosmes a su hermano (11)	57
Elena Lacante al Padre Jalavieux (1)	65
Máximo a su hermano (12)	68
Máximo de Cosmes a su hermano (13)	71
Elena al Padre Jalavieux (2)	76
Máximo a su hermano (14)	82
Elena al Padre Jalavieux (3)	90
Máximo a su Hermano (15)	94
Elena al Padre Jalavieux (4)	108
Máximo a su hermano (16)	111
Máximo a su hermano (17)	114
Elena al Padre Jalavieux (5)	118
Elena al Padre Jalavieux (6)	120
Elena al Padre Jalavieux (7)	127
Elena al Padre Jalavieux (8)	131
Máximo a su hermano (19)	137
Máximo a su hermano (20)	140

Elena al Padre Jalavieux (9)	149
Máximo a su hermano (21)	150
Elena al Padre Jalavieux (10)	152
El mismo día a las 12 de la noche	164
Máximo a su hermano (22)	171
Elena al Padre Jalavieux (11)	174
Máximo a su hermano (23)	179
Máximo a su hermano (24)	180
Elena al Padre Jalavieux (12)	184
Máximo a su hermano (25)	188
El mismo día, 6 de la tarde	189
Máximo a su hermano (26)	191
Elena al Padre Jalavieux (13)	195
Elena al Padre Jalavieux (14)	196
Máximo a su hermano (27)	199
Máximo a su hermano (28)	202
Máximo a su hermano (29)	204
Elena al Padre Jalavieux (16)	206
Elena al Padre Jalavieux	211
Máximo a su hermano (29)	213
Elena al Padre Jalavieux	215
Máximo a su hermano	217
La misma noche, a la una	219
A las dos	220
A las tres	222

Máximo de Cosmes a Javier de Cosmes

París, 26 de junio de 190...

Celebro en el alma, mi querido Javier, que San Petersburgo te guste y que guste también a Marta, así como que hayáis encontrado en la embajada agradables colegas. Se pondera mucho el encanto y la bondad de la embajadora y esto facilitará vuestra aclimatación.

Dame detalles de vuestra instalación, de vuestras relaciones y hasta del trabajo que se te ha confiado, sin revelar, por supuesto, los secretos de Estado, pues para esto bastan los periódicos.

Salgo dentro de poco para un viaje bastante inesperado, pero quiero participarte sin demora una buena noticia, y es que estoy encargado de suplir al buen viejo Marignol en su cátedra del Colegio de Francia.

El buen señor no quiere todavía soltar su presa enteramente y me ha escogido para hacer sus veces mediante un poco de dinero y lejanas esperanzas. Pero estoy encantado, porque, si lo hago bien, y lo procuraré con todas mis fuerzas, estaré designado para sucederle un día.

Y vuelvo a mi viaje, que te va a hacer mucha gracia. Figúrate que esta mañana una esquila de Lacante me llama a su lado. Corro a verlo y lo encuentro luchando con un violento ataque de gota. Con su bata de grueso muletón oscuro y anchas mangas, en las que ocultaba sus doloridas y temblorosas manos, y con aquel cráneo calvo, que relucía sobre una estrecha corona de cabello, parecía un fraile viejo.

A la primera ojeada vi una profunda turbación en aquella cara redonda y afeitada, tan maliciosa y jovial de ordinario.

–Querido mío –me dijo sin preámbulos–, me ocurre una contrariedad considerable: he perdido a mi tía.

–¿Qué tía?

–No tenía más que una, la señorita de Boivic, y aun ésta no lo era más que por benevolencia y especial elección. Era, en efecto, hermana del segundo marido de mi madre, de modo que no me unía con ella ningún lazo real de parentesco... Sin embargo...

–Siempre es triste –dije al ver que vacilaba para continuar– perder a los, que...

–No diga usted vulgaridades, mi buen amigo –me interrumpió con un gesto de impaciencia–. Apenas conocía a esa señora, a la que puede que no haya visto seis veces en mi vida. La muerte de esa respetable persona no me causaría, pues, ningún pesar particular... Preciso es que todo acabe, ¿verdad?

Era muy vieja, casi octogenaria, y su muerte está en el orden, evidentemente... Por desgracia, no le conozco ningún pariente próximo, y tengo que ejercer derechos como heredero a una parte, al menos, de sus bienes. Su fortuna es la que el señor de Boivic legó a mi madre... ¿comprende usted? Esta situación me impone también deberes, el primero de los cuales sería hacer los honores fúnebres a la difunta y acompañarla decentemente al cementerio...

Ahora bien, mire usted, hijo mío, estas piernas llenas de cataplasmas... ¡Bonita facha de heredero para escoltar hasta la última morada a aquella noble señorita! No puedo, sin embargo, dejarla ir sola, bajo la presidencia de una criada... Esto es lo que es-

pero de usted, amigo mío; va usted a hacer la maleta y a tomar esta noche el tren para Quimper.

–¡Diablo! –dije un poco contrariado.

–Sí, amigo mío, Quimper, Quimper, Coentin, nada menos... Es usted mi pupilo, mi amigo, y esto equivale a un parentesco... Y hará usted mejor figura que yo al frente del cortejo...

–Estoy a las órdenes de usted.

–Otra cosa. La de Boivic era muy devota, y no me extrañaría que hubiera dispuesto de su fortuna, bastante modesta por otra parte, en favor de la gente de iglesia... Tendrá usted que cuidar de que no haya usurpado la parte que me corresponde.

–Pero, querido maestro, ¿con qué derecho habré de intervenir?

–Le enviaré a usted un poder en regla. Usted ha estudiado Derecho y es, justamente, el hombre que necesito... Observe usted que no me opondré en modo alguno a ciertos legados, ya a un hospital, ya a alguna obra piadosa... hasta a la Iglesia. Quiero respetar la voluntad de la difunta en todo lo que sea razonable, pero no consiento expoliación real o disfrazada, ni astutas intrigas... ¿Comprende usted?

–Perfectamente.

–No conozco el valor de la herencia ni me importa en lo que a mí se refiere. Gano bastante dinero con mi pluma, sin contar mi pequeñísimo patrimonio...

–Naturalmente; es por un espíritu de justicia, de estricta equidad, por lo que...

Lacante me miraba y sus ojillos vivos y movibles tenían una singular expresión, que cortó mi frase en suspenso.

–Querido amigo –continuó después de un instante–, es para cumplir un deber... un deber de conciencia en interés de la niña...

–¿Qué niña? ¡Cómo! ¿Acaso aquella noble dama tenía?...

Lacante no me dejó acabar.

–¿Qué diablos va usted a pensar, amigo querido? La niña, y esto es lo que me preocupa, la niña es hija mía.

Como comprenderás, no pude contener un grito de sorpresa, y tú, con toda tu diplomacia, vas a hacer lo mismo al leerlo.

Lacante siguió diciendo con sonrisa, mitad confusa, mitad placentera:

–¡Bah! querido, yo he sido joven, y lo he sido demasiado tiempo... Hay allí una flor tardía, que me pertenece, brotada en un tronco viejo y arruinado.

–¿Es joven?

–Una chicuela.

Reflexionó un instante y dijo:

–Apenas quince años. Su madre ha muerto. Es una triste historia, mi querido amigo... La pobre mujer estaba ya muy enferma cuando me casé con ella en Quimper...

–¡Ha sido usted casado! –exclamé en el colmo del asombro.

–¡Muy poco tiempo!... Y como no tenía por qué jactarme de una alianza que, lo confieso, no había premeditado y que contraí por un sentimiento de lástima, el incidente pasó inadvertido para el mayor número y fue pronto olvidado por los pocos que lo supieron. Ya lo he dicho... la pobre criatura estaba sentenciada y la muerte la arrebató al nacer Elena, es el nombre de la niña, a la que